

su grande edad el Decano de la cristiandad, y por el brillo de sus virtudes se le llamaba el santo Sacerdote. Constantemente pedia á Dios que le permitiera terminar su carrera por la efusion de su sangre por la fe. Dios lo oyó. Entrando repentinamente los asesinos á su oratorio, lo hallaron de rodillas rezando las oraciones para los agonizantes. Se entregó á ellos como Jesucristo á sus verdugos. Atravesó escoltado tranquilamente las calles de la ciudad, y por en medio de las aclamaciones, rescitando los salmos de David. Llegado que hubo á la casa del juez, iba á recibir el golpe de muerte. El juez queriendo salvarlo, se adelanta y grita á los asesinos.

—¿Qué vais á hacer? este viejo no puede ser digno de vuestra cólera; porque es un hombre que ha perdido la cabeza y á quien el fanatismo tiene perturbada la razon.

—No, señor, dijo el venerable anciano, respondiéndole al juez, no estoy loco, ni soy fanático, tened la bondad de creer que nunca he tenido la cabeza tan en su lugar como ahora. Estos señores me exigen un juramento decretado por la Asamblea nacional; conozco este juramento, es impío, subversivo á la religion. Se me pone á escojer, entre darlo ó morir. Lo detesto, y pre-

fiero la muerte. Me parece, Señor, que lo expuesto os demostrará que estoy en mi juicio y que sé lo que me hago.»

Anonadado el magistrado con aquella respuesta no pudo ya ménos que abandonarlo á los asesinos. M. Pacquot hizo seña con la mano y aquellos se detuvieron.

—¿Cuál de vosotros preguntó me matará?

—Yo, respondió uno de ellos.

—¡Ah! exclamó el venerable sacerdote. Permitidme que os abrace y os manifieste todo mi reconocimiento por la felicidad que me vais á procurar.»

Lo abrazó en efecto, como á uno de sus más grandes bienhechores y luego añadió:

—«Permitidme ahora que me ponga en una postura conveniente para ofrecer mi sacrificio á Dios.»

El asesino levantó su hacha; M. Pacquot cayó de rodillas, pidió en alta voz perdon á Dios por sus verdugos y por él, así como Jesucristo habia dicho sobre la cruz. *Padre mio, perdónalos porque no saben lo que hacen.* El inicuo que lo habia abrazado fué el primero que descargó el golpe sobre él: el santo sacerdote cayó; y en el momento la multitud sanguinaria de los ver-

dugos se enfurece á cual mas y dividen en pedazos su cadáver, mostrando con excesos de barbárie, lo que puede la rábía de la impiedad; como M. Pacquot habia mostrado con su valor é inteligencia, lo que puede la virtud del heroismo en el Sacerdote católico. (1)

En Autun, el director del pequeño Seminario de Clermont acababa de ser arrastrado por el populacho, el alcalde que queria salvarlo le aconsejó, si no prestar el juramento, permitir al ménos que se dijese al pueblo que ya lo habia hecho. «Os desmentiria ante ese pueblo, le respondió el valeroso Sacerdote, porque no me es permitido rescatar mi vida con una mentira. Dios que me prohíbe prestarlo no me permite hacer creer que le he prestado.» El alcalde calló y el Sacerdote fué mártir.

Merece conocerse el hecho siguiente, que encontramos consignado en las memorias de *Campenon* sobre Ducis, para que la posteridad lo conozca. Las primeras persecuciones vinieron á herirle en lo más querido del mundo. . . . en sus

(1) El Abate Musart, Cura de Sounime Veste, Diócesis de Chalons, fué otro Sacerdote muerto en Reims, en 1796, mártir de su fé.

amigos, M. Lemaire cura de Ronquencourt, pequeña poblacion, á media legua de Versailles. Desde el sitio de 1792, se vió arrebatado de entre sus parroquianos, y poco despues, llevado de prision en prision por orden del comité revolucionario de Versailles. Habia nacido del mismo año que Ducis, y en la misma ciudad, y desde la infancia su amistad no habia sufrido ninguna alteracion. A la primer noticia de aquella desgracia, M. Ducis olvidó sus sesenta años y dejando su retiro de Marley donde residia, se dirige á pié á Versailles, derecho se encamina al cuartel de las guardias de honor que se acababa de convertir en prision: pone en juego todos los medios para ver á su amigo detenido, no omitiendo ni súplicas, ni instancias, ni ofertas. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, parte á pié á Ronquencourt, toca la puerta del presbiterio, encuentra en él un antiguo criado llorando, lo toma consigo, se hace seguir del perro del buen Cura, conduce á estos dos fieles servidores de su amigo á Marly, no separándose de ellos, sino despues de dejarlos instalados en su casa, vuelve despues, siempre á pié, á Ronquencourt, concierta allí con algunos paisanos adictos á su Pastor los medios de salvarlo todo, y con su ayuda, hace trasportar á su propia habi-

tacion, pieza por pieza, las cosas que formaban el movilario del presbiterio de su amigo. Los dias siguientes no son más felices para él cuando insiste penetrar en la prision, pues siempre encuentra nuevas dificultades, nuevas repulsas. M. Ducis vuelve á Versalles, corre por todas sus calles; procura todo lo que la desgracia de los tiempos le ha podido permitir, todo el apoyo que le es posible. Implora de todos los que conoce, de todos los que se le presentan, la libertad de su amigo. ¡Vanos deseos! Por todas partes se encuentra, ó con el celo sin crédito, ó la autoridad sin benevolencia. Se hace pasar al desgraciado detenido por ocho prisiones sucesivas, sin dejarle la paciencia del cautivo, sin vencer la perseverancia de la amistad, que no se detiene, en fin, sino sobre el órden formal de su infortunado amigo. Ved la carta que contenia esa órden.

«Miércoles por la mañana . . . Los hombres hacen cuánto pueden y con todo no sucederá sino lo que Dios tenga determinado. Por lo que respecta á mí estoy para partir; la vida que llevo hace seis semanas no es tan molesta como os lo figurais. Disfruto de mucha paz en mi corazon, duermo tranquilamente, ruego á Dios por tí, por mí y lo bendigo por haberme dado un

amigo cristiano cuya abnegacion reconozco profundamente, porque sé todo lo que habeis hecho y sufrido por mí.

«Que vuestro celo se contenga ya, amigo mio, habeis hecho cuanto podiais, y os suplico me eviteis las inquietudes que debo tener por vos por todo lo que haceis por mí: os lo ruego, y si quereis os lo mando. Si Dios me llama por el camino que me prepara, á vos tambien os seré deudor de esta satisfaccion si lo consigo, no oponiendoo á sus altos fines. Adios, mi querido Ducis: suceda lo que sucediere, nos veremos ó en el cielo, ó en la tierra. Adios, someteos á lo que digo, y no me contesteis.»

Qué noble lucha entre la amistad valerosa y la amistad resignada . . . ! El 9 Thermidor se abrió la prision del venerable Sacerdote, presentándose M. Ducis, el primero para anunciar á su amigo que estaba libre.

«Señores respondió heroicamente M. de Saint-Hilaire, Obispo de Poitiers, á los que le exigian el juramento, tengo setenta años, de los que treinta llevo de ser Obispo. Jamas mancharé, pues mis cabellos blancos con el juramento que me pedís; no, nunca juraré.

El 2 de Setiembre, dia de horrorosos recuerdos, cuando los asesinos entraron al jardin de

los Carmelitas, M. de la Pannonie se hallaba al lado del Sr. Arzobispo de Arles. Asustado al verlos:

—«Señor, dijo, creo que nos vienen á matar.

—Y bien! respondió el Señor Arzobispo, si el momento de nuestro sacrificio ha llegado, sometámonos y demos gracias á Dios por tener que ofrecerle nuestra sangre por tan bella causa. (1)

El hecho que vamos á referir, tanto más digno es de admiracion, cuanto que él revela al mundo el doble triunfo del Sacerdote católico so-

(1) Aplaudimos con toda la energía de nuestro reconocimiento el generoso pensamiento de nuestro ilustre Arzobispo, de haber querido rescatar, para el Sacerdote católico, esta tierra de los Carmelitas teñida con la sangre de sus mártires. Que los fieles oigan allí siempre su voz, á fin de que nada de profano manche la pureza de aquellos lugares, y que el Sacerdote católico tenga libertad de ir á aquel lugar para inspirarse del valor y heroísmo donde tantos ilustres confesores supieron morir sufriendo el martirio por sostener y confesar la fé.

bre la rábia de sus perseguidores, y sobre los sentimientos más nobles de la naturaleza. Ocho sacerdotes acababan de ser degollados: el pavimento estaba todavía enrojecido de sangre: uno solo quedaba, jóven, apénas de veintiocho años. Queriéndolo vencer por las promesas, todo lo habia renunciado por su fé. A fin de vencer su constancia, é inducirlo á que prestara el juramento, se le suscitó un combate de nuevo género. Se llama á su padre, y allí, en presencia de su hijo encadenado, y bajo el hacha revolucionaria, se le dice que si por sus súplicas ó sus lágrimas no obtiene que su hijo preste el juramento que se le está exigiendo, morirá cruelmente y á sus ojos: á tal disyuntiva, toda la ternura paternal se subleva. Flotando entónces entre la naturaleza y la religion, aquel desgraciado padre llora, suplica, conjura, ruega á su hijo pendiente de su cuello.

—«Hijo mio, le dice ahogado por los sollozos, hijo mio, consérvame la vida, conservando la tuya.» Firme y tranquilo, en medio de aquella escena desgarradora, venciendo por su fé los sentimientos de la naturaleza, que en aquella hora lo colocaran en tan rudo combate, responde el hijo Sacerdote:

—«Haré mejor, padre mio, en morir digno de vos y de Dios; me habeis educado en la religion católica, y tengo el honor de ser Sacerdote, conozco mi deber, padre mio; será más dulce para vos tener un hijo mártir, que un hijo apóstata.» Aturdido, desolado aquel padre, abraza de nuevo á su hijo, de nuevo lo oprime contra su corazon, de nuevo repite sus súplicas invocando el amor filial. Nueva repulsa!

—«Hijo mio. . . .» No pudo decir más. Entonces el verdugo salta para poner fin á aquella escena de dolor. Herido con violento hachazo, el Sacerdote católico espiró á los piés de su padre, y el seno que le habia dado la vida en el tiempo, le sirvió de grada para ascender al cielo ceñido con la corona del martirio.

No citaremos otros hechos: los que hemos expuesto á nuestros lectores, bastarán para justificar muy bien el título del capítulo, y nos dispensarán de añadir nuestras reflexiones á que se prestan. Y si alguno para disminuir lo que hemos dicho del heroísmo del Sacerdote católico nos presenta algunos que fueron infieles á su

Dios y á sus deberes en aquellos tiempos borrascosos, les haremos observar que fueron tan raros, y en tan poco número, que su peso será nullo comparado con el incontable de los fieles que todo lo sacrificaron por su carácter.

